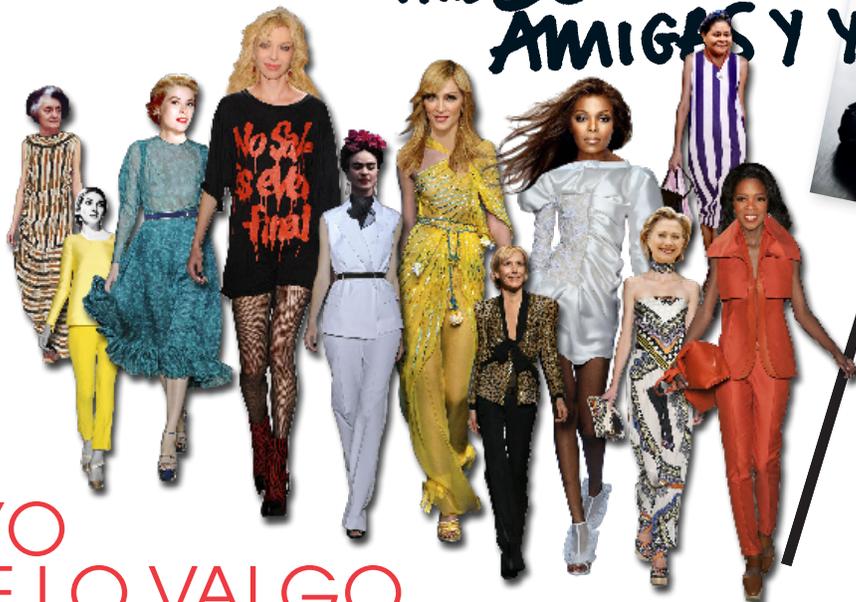


MIS 50 MEJORES AMIGAS Y YO



por EMPAR MOLINER



PORQUE YO CREO QUE LO VALGO

«HACERSE LA CABEZA» ES PURO ARTE, Y TEÑIRSE, UNA DE SUS DISCIPLINAS MÁS PLÁSTICAS. SIEMPRE QUE EL TEMA SE DOMINE... Y SE LEAN LAS INSTRUCCIONES DEL TINTE.

En esta progresión de retales de vida cotidiana y sin embargo cosmopolita que es el devenir diario de mis cincuenta mejores amigas, hoy quisiera compartir con ustedes un tema fundamental: la cabeza. Lo que algunas señoras llaman «hacerse la cabeza», que traducido es «ir a la peluquería». Sólo hay una expresión que me arrobe más que la de «hacerse la cabeza», y es la de «voy a arreglarme». Cuando oigo que una congénere dice «voy a arreglarme», siempre me imagino que irá al garaje a por la caja de herramientas.

Hacia una semana que mis cincuenta mejores amigas tenían que teñirse. Teñirse es un tema. De entrada parece que es algo que hay que semidisimular ante los hombres que nos pretenden. «Tengo que ir a la pelu», dices. «¿Otra vez? –dice él–, pero si hace quince días que fuiste...» Y entonces es cuando debes susurrar: «Sí... me gustaría hacerme un baño de color...». Porque no vas a decir: «Es que tengo un centímetro de raíz». En fin. Mis amigas no tienen tiempo y están en crisis, así que decidieron... teñirse en casa.

No sé si se acordarán de esa canción de la película «Grease» que se llamaba «Beauty School Drop-Out» (algo así como «abandono la escuela de belleza»). En ella, Frenchy (la gran Didi Conn) se equivocaba con las proporciones del tinte y se quedaba con un pelo más rosa que el de mi pequeño pony. Frenchy es mi personaje preferido de «Grease», a pesar de que yo también tengo un pasado y, de adolescente, ansiaba unos pantalones de cuero como los de Sandy (que es Olivia Newton-John). Todas las niñas de octavo los anhelábamos, pero sólo los consiguió Luci Bonilla Herraiz, que era –como habrán podido deducir– la guapa de la clase.

Bueno. Pues el primer tinte casero de mis cincuenta mejores amigas fue mucho más dramático que el de Frenchy. Los anuncios de los tres iconos del pelo perfecto que son Sara Carbonero, Andy McDowell y Carmen Sevilla las habían convencido. «Si ellas pueden, nosotras podemos», dijeron (dijeron lo mismo el día del concurso de comer flanes y terminaron en urgencias).

Compraron cinco o seis paquetes de tinte por cabeza, de distintos colores y con distintas promesas. Llegaron a mi casa (el tinte, mejor en comunidad). Sacamos las instrucciones y hasta las leímos. Ponía que tenías que hacerte un test de alergia por si acaso. Muchas de ellas rehusaron, pero las convencí. «Si morimos con el tinte puesto, la gran superproducción que ha sido nuestra intensa vida quedará eclipsada por un deceso que dará risa a las futuras generaciones. Hay que hacer el test de alergia. Leamos, mientras, el Marie Claire. ¿Quién lo tiene?»

Después, tocaba tirar el líquido del frasco pequeño (que se llama «revelador») en el frasco grande. Lo hicimos, como una Marie Curie cualquiera aislando el radio mientras Pierre le preparaba la cena. Dios mío. Nos habíamos saltado el paso tres: ponernos los guantes. Pues sí que mancha el tinte, pensamos. Nuestras camisetas de Custo Barcelona se acababan de convertir en camisetas de Custo Tarragona, estaban inservibles. Y empezamos.

Sólo les diré –después de un hábil salto en el tiempo– que justo cuando los churretes del tinte empezaban a caer por las cincuenta frentes de mis cincuenta mejores amigas, llamaron a la puerta. «¡No abras! –me ordenaron– ¡Podría ser un hombre!» ¿Se acuerdan de la escena final de «Muerte en Venecia»? No estaban menos patéticas.

Tuve que abrir, era el fontanero. Venía, precisamente, a reparar la cisterna del baño (después de cinco meses). Mis amigas se escondieron por los rincones, pero las paredes del lavabo, el espejo y el grifo estaban marrones y necesitaban urgentemente a Irma Soriano. El hombre arregló la cisterna sin decir nada. Supongo que creyó que estábamos celebrando una misa negra y se nos había escapado un pollo. Dijo que ya pasaría a cobrar. Todavía le espero. Cobarde. ■

«JUSTO CUANDO LOS CHURRETES DE TINTE EMPEZABAN A CAER POR LAS FRENTES DE MIS CINCUENTA MEJORES AMIGAS, LLAMARON A LA PUERTA. «¡NO ABRAS! –ME ORDENARON– ¡PODRÍA SER UN HOMBRE!»»

Peluquería onírica en este fotograma de «Grease» (1978).

